

LA VOZ ÚNICA DEL IDEAL

*Encuentro de Julián Carrón
con los jóvenes de Gioventù Studentesca que tienen
que elegir la carrera universitaria que quieren estudiar
Roma, 16 de mayo de 2010*

Amigos, este momento de vuestra vida es especialmente decisivo, porque en nosotros, en cada uno de nosotros, se libra una batalla entre la «voz única del ideal»¹ (como acabamos de cantar), que todos sentimos vibrar dentro de nosotros, y todas las circunstancias que tantas veces tratan de apagar esta voz, de modo que no sabemos hacia dónde ir. Esta es una lucha que cada uno de vosotros vive dentro de sí y, por esto, este momento es especialmente dramático, porque decisiones como las que vais a tomar son determinantes en la vida, ya que uno comienza a tomar conciencia de todos los factores y ve como sale a la luz el propio rostro: «¿Qué hago yo en este mundo?». Y entiendo perfectamente el drama que cada uno de vosotros vive en este período de la vida; es un período que nos obliga a elegir; estáis a punto de terminar, hay que elegir, hay que comenzar a elegir, la vida no espera; hay que elegir, porque no elegir ya es una elección; de hecho, al final del bachillerato todos eligen, se posicionan en la vida con un rostro, y se libra esta lucha: «No te detengas en la corte de las almas mezquinas, que repiten los gestos sin comprenderlos. No subas al castillo de los jóvenes justos que adoran el sol»². En cambio, el ideal nos invita a luchar contra esta reducción. La primera conciencia que debemos tener es la conciencia de esta lucha que se lleva a cabo.

La segunda cuestión es el camino, conocer el camino para llegar al ideal, porque «camina el hombre cuando sabe bien a dónde ir»³.

Nos enseña don Giussani: «El hombre sólo encuentra la energía necesaria para la acción en la claridad y la seguridad»⁴. Por esto, queremos ayudarnos a dejar claro qué necesitamos para poder vivir, para poder lanzarnos en la vida, porque es una exigencia del momento en el que vivís, una urgencia que nace en lo más profundo de vuestro ser, el descubrimiento de que la vida es vocación.

1) ¿PARA QUÉ VALE LA PENA VIVIR?

La primera cuestión de la vocación, que debemos mirar a la cara, no es qué elegir, esto es la consecuencia. La primera cuestión es la que urge tantas veces

dentro de nuestro corazón: «¿Yo por qué existo? ¿Para qué he venido al mundo? ¿Para qué vale la pena vivir? ¿Para qué sirve el yo? ¿Para qué sirve mi yo?». Como veis, es la cuestión de la vida, la cuestión fundamental para cada uno de nosotros. La primerísima decisión es tomarse en serio esta pregunta, esta urgencia, porque, como dice R. M. Rilke, «todo conspira para callar de nosotros»⁵ para hacernos actuar según otros criterios. Frenar esta pregunta supondría una violencia a la naturaleza del hombre, significaría matar la naturaleza del hombre, es decir, bloquear nuestro yo en su impulso hacia la vida. Para esto estamos juntos esta mañana, ante todo para no bloquear esta pregunta, para no bloquear la voz del ideal.

Imaginemos que una pieza de cualquier cosa, por ejemplo, la rueda de un coche, se preguntara: «¿Cuál es mi utilidad? ¿Qué hago yo aquí?». Se podría comprender sólo dentro de la relación, en su nexa con todo el coche, porque cada fragmento de la realidad se entiende en su nexa con el todo. Por tanto, si nos preguntamos: «¿Para qué sirve mi vida? ¿Qué estoy llamado a hacer?», la cuestión es encontrar el criterio que nos una al todo, «ese criterio siguiendo el cual el hombre se hace a sí mismo útil al mundo, de modo que camina cada vez más hacia su personalidad, hacia su felicidad, [...] y no se pierde a sí mismo»⁶. Atentos, porque esto es fundamental: no es que servir al mundo signifique perdernos a nosotros mismos, sino que el servicio al mundo es ganarnos a nosotros mismos, coincide con nuestra realización. Comprender esto es fundamental, porque muchos piensan que la única manera de realizarse es la autoafirmación (no afirmarse en relación con la totalidad, sino en relación con uno mismo) y, por este motivo, luego acaban solos en un escondrijo, preguntándose qué sentido tiene la vida. Por esto es tan decisivo. Para mi realización yo debo entender qué hago en el mundo, porque sin esto inexorablemente me pierdo. Pero ¿cómo entender esto? ¿Cómo entender qué hago en el mundo? ¿Para qué soy útil?

Para responder a esta pregunta es necesario entender qué sentido tiene el mundo, cuál es el significado del mundo. Y esto, amigos, para nosotros es misterioso: ¿cuál es el sentido de la totalidad, qué sentido tiene el mundo, la historia? Como decía san Pablo: «El creó, de un solo principio, todo el linaje humano, para que habitase sobre toda la faz de la tierra fijando los tiempos determinados y los límites del lugar donde habían de habitar, con el fin de que buscasen la divinidad, para ver si a tientas la buscaban y la hallaban; por más que no se encuentra lejos de cada uno de nosotros»⁷. Sería realmente difícil descubrir el sentido del mundo – o, en otras palabras, a Dios – y, por consiguiente, mi utilidad en este mundo, si permaneciéramos en la oscuridad, en este misterio: «Durante toda la vida la verdadera ley moral consisti-

ría, pues, en estar pendientes de cualquier seña de este desconocido “señor”, atentos a los gestos de una voluntad que se nos mostraría a través de la pura circunstancia inmediata. Repito: el hombre, la vida racional, debería estar pendiente del instante, pendiente en todo momento de estos signos tan aparentemente volubles, tan casuales, como son las circunstancias»⁸. En términos teológicamente eruditos, santo Tomás afirma: «La verdad que la razón puede alcanzar sobre Dios, de hecho, sólo sería alcanzable por un pequeño número y después de mucho tiempo y no sin mezcla de errores»⁹.

Pero el Misterio se ha apiadado de nosotros; viéndonos tan perdidos, se ha apiadado de nosotros y ha entrado en la historia para revelarnos lo que nosotros solos no podemos comprender, se hizo hombre para ayudar a los hombres a ser ellos mismos, para desvelar el sentido último del mundo y ayudarles a entender el significado de la vida. Jesucristo usó una expresión para describir cuál es el significado del mundo: el reino de Dios. Todo el valor de la realidad es construir el reino de Dios, es participar en la construcción de este reino, es decir, participar en la construcción de un mundo que corresponda al Ideal que se hizo carne. Por esto, contribuyó de modo fundamental a dar a entender nuestro lugar en el mundo. Mi valor y tu valor radican en nuestra colaboración al reino de Dios, en la medida en que ayudamos a la humanidad a caminar hacia la felicidad. Porque solamente participando en este reino – que es el reconocimiento de Su presencia entre nosotros – el individuo puede alcanzar su propia felicidad, su cumplimiento.

Vosotros debéis trabajar sobre cada una de estas frases preguntándoos: ¿es verdad o no es verdad? Ahora no penséis que repitiendo las frases como una secuencia lógica se acabó el problema; ¡no! Vosotros tenéis que pedir, porque de lo contrario no entenderéis el alcance de lo que nos decimos y luego decidiréis sin ton ni son porque no habéis entendido. En estos pasos se juega verdaderamente la vida. Por tanto, este es un momento precioso, fundamental, para dar un paso hacia adelante en la conciencia de quién soy yo, de qué hago en este mundo y de cuál es el sentido del mundo.

«Para la elección de la vocación, por tanto, el criterio no puede ser más que éste: en qué forma puedo yo, con todo lo que soy espiritual e intelectualmente, con mi temperamento, mi educación y mi cuerpo, servir mejor al reino de Dios»¹⁰.

2) EL DESCUBRIMIENTO DE LA VOCACIÓN

¿Cómo puedo entender los signos que me permiten tener claro cómo puedo yo servir mejor al reino de Dios? Debo reconocer la totalidad de lo que soy para poder comprender cómo puedo usar todo lo que tengo, todo lo que

me encuentro dentro y que se me ha dado, para la utilidad del reino de Dios. Tomo lo que dice don Giussani y lo subdivido, para ser más claro, en tres grandes criterios.

El primer criterio que hay que mirar es el conjunto de inclinaciones o dotes naturales. Cada uno de nosotros encuentra en sí mismo una serie de capacidades, deseos, ímpetus, un temperamento. Son dones preciosos que debemos poner al servicio de otra cosa. Todos estos dones se nos dan para algo en la vida, para usarlos, para vivir: ¿cómo puedo usar yo todos estos dones que el Señor me ha dado para servir mejor al reino de Dios? «Por ejemplo, hay un temperamento de inteligencia que parece estúpido cuando se aplica a la matemática y es supergenial cuando se trata de construir [...] una narración: es un genio literario, que en matemáticas parece estúpido. Si lo obligan a hacer ciencias, le impiden un rendimiento para la humanidad»¹¹.

Si tanto el profesor como el padre, la madre, el niño, la tata, el perro te dicen: «No, tú debes estudiar ciencias», te “matan”. Parece banal, pero no podrás estar contento, no podrás rendir, no podrás servir; no has encontrado tu lugar en el mundo y por esto te han fastidiado, porque tú eliges algo desde fuera, sin tener en cuenta tus dones. «Hay un tipo que, por ejemplo, es genial en el arte musical. Si se le obliga a estudiar Derecho público y privado, está claro que disminuye el rendimiento para la humanidad de ese individuo y, por tanto, se hace más pesado su camino, pues las dos cosas coinciden siempre. La intensidad o la belleza... la belleza del camino – puesto que la belleza es el esplendor de la verdad – coincide con la utilidad que realizamos en el mundo [...]. La belleza del camino corresponde a la verificación de nuestra vocación. De modo que para reconocer este condicionamiento [este conjunto de dones recibidos, de inclinaciones, de dotes], ante todo hace falta la atención a las propias dotes naturales, o capacidades [aquello para lo que yo tengo una tendencia, una facilidad, tengo un genio]. ¿Cómo se llama ese fenómeno que saca a la luz las dotes, las capacidades naturales? Se llama “inclinación”, la inclinación. [...] La naturaleza nos introduce a los ideales, pero siempre mediante un gusto o una inclinación, al placer, o a la necesidad. [...] Por esto, la primera gran regla práctica es [...] la sencillez»¹², la sinceridad de mirar y reconocer y abrazar estos dones como el primer signo que la realidad me ofrece para entender qué hago en el mundo. El error más grave que se puede cometer a la hora de determinar la propia vocación «es ponerse en una condición de desconfianza hacia las propias inclinaciones, hacia el gusto, hacia el placer en cuanto es auténtico, [...] en cuanto es nativo»¹³. Podemos resumir así: debemos estar atentos a las dotes, al temperamento, a las tendencias que nos constituyen, porque son aquello mediante lo cual el Misterio nos llama,

dándonos estas capacidades, estas inclinaciones dentro de la carne; no nos envía un ángel, sino que nos plasma dentro, en lo profundo de nuestro ser, para decirnos aquello a lo que nos llama, porque es Él quien nos ha hecho así. Por esto, también la orientación profesional, por ejemplo, deberá tener en cuenta estas tendencias innatas como el modo para encaminarse hacia Dios, mediante las capacidades que nos da, nos llama. Te llama, pero te llama no desde fuera, te llama dándote todas estas inclinaciones.

Segundo criterio: las condiciones inevitables o las circunstancias inevitables. Dice don Giussani que «la circunstancia inevitable es realmente – ¿cómo decirlo? – lo más amigo que tenemos en el mundo, porque es el factor más evidente de nuestra existencia. Porque en la valoración de nuestras inclinaciones y de nuestras dotes, a menudo está la posibilidad de la incertidumbre, o el miedo»¹⁴. ... No todos son Mozart y tienen claros desde el principio los dones y las dotes; a veces no es tan evidente, mientras que las circunstancias inevitables son evidentes y uno, por ejemplo, puede querer hacer astronomía porque está realmente dotado para esto, pero – imaginemos – por una circunstancia familiar, por falta de recursos, una circunstancia verdaderamente inevitable, no puede hacerlo, porque la familia ha sufrido un bajón económico con la crisis. Y resulta que tiene que ponerse a trabajar. Circunstancias inevitables determinan la posibilidad de hacer o no ciertas cosas: uno quiere hacer ciclismo o ir a las Olimpiadas porque está realmente dotado atléticamente, pero sufre un accidente y se queda cojo. Para entender qué hace en este mundo lo primero no es enfadarse, sino aceptar esta circunstancia inevitable. Imaginad que esa persona, que se ha quedado coja, se pusiera testaruda diciendo: «No, yo quiero ir a las Olimpiadas»; ¡sería una tozudez, un capricho! Desde el punto de vista vocacional, don Giussani dice: «La circunstancia inevitable es al mil por mil, con seguridad absoluta, índice del camino a recorrer. Por esto, no existe nada más amigo, más fácilmente amigo nuestro, que la circunstancia inevitable, el hecho»¹⁵. Añado un aspecto fundamental, una anotación fundamental: nada en esto es fatalidad, el destino no es el hado: ¡todo, realmente todo, resulta instrumento de vocación! ¿Estás seguro de que siendo atleta podrías alcanzar tu plenitud y tu satisfacción mejor que mediante esa circunstancia inevitable? No. Abrazar este accidente como parte del camino al destino es esperar ver, curioso, cómo el Señor se las arreglará para llevarme a la felicidad a través de mi condición de cojo. Pero ¡no introduce una duda! No me quedo ahí quejándome durante toda mi vida, es más: esta condición inevitable se convierte en elemento fundamental mediante el cual el Misterio me hará alcanzar el destino, el ideal, la felicidad. Si, en cambio, nos quedamos en el enfado, será la tumba, porque en la vida se pueden

tener muchos “accidentes” que son inevitables, pero si no tuviéramos la posibilidad de que la vida siguiera teniendo un sentido (y pensamos que pueden alcanzar el objetivo sólo determinadas personas con determinadas capacidades), dependeremos sólo de la casualidad. En cambio, cualquier circunstancia es parte de la conquista del destino, de la felicidad. Y esto es realmente liberador, porque la felicidad no depende del éxito mundano, sino de mi servicio al todo, al reino de Dios (por esto, puede ser lo mismo ser portero que ser ministro).

Tercer criterio: la necesidad social, o mejor, la necesidad del mundo y de la comunidad cristiana. Debéis mirar a la cara el mundo en este momento histórico: ¿qué necesidad tiene? La Iglesia, ¿qué necesidad tiene? La comunidad cristiana, ¿qué necesidad tiene? Cada uno debe mirar qué es lo que percibe como más urgente, porque puede haber épocas y situaciones en las que la urgencia de una entrega total a Dios sea más fuerte, mientras que en otro momento es más decisivo que haya hombres en medio de la realidad, en el trabajo, en la familia, que puedan testimoniar desde dentro de la sociedad, donde viven todos, qué es la vida, cuál es el sentido de la vida. También así nosotros podemos descubrir a qué estamos llamados.

«El juicio debe brotar del conjunto de estos factores considerados en su totalidad. Pero esto comporta otra anotación: sin reflexión y sin una comparación en forma de diálogo con la función típica de la comunidad, es decir, con el que guía la comunidad, es inevitable que nuestro modo de proceder sea instintivo o mecánico. Reflexionamos para todas las cosas de la vida, mientras que con respecto a este factor, del que depende toda la estructuración de nuestra vida en su valor más personal, hacemos automáticamente lo que sentimos en nuestro interior. Es necesario reflexionar; y reflexionar significa medirse con el propio destino, con el propio fin, con Dios, con la finalidad de la vida, con el servicio al reino de Dios. Los que no hayan abordado todavía este problema deben sentir el deber de recuperar inmediatamente estos criterios; y los que tengan a sus espaldas factores insuprimibles, también ellos, aunque de otro modo, deben recuperar los mismos criterios»¹⁶. Imaginaos que os toca la lotería, os tocan unos millones; lo normal es preguntarle a alguien dónde colocar el dinero para no perderlo haciendo una inversión loca. ¿O no? Preguntar no es un deber, sino que es un interés: me interesa hacer esta consulta para no perder el dinero. Está claro que al final decido yo, pero me gustaría decidir con toda la conciencia para sacar el máximo beneficio. Si esto es así con el dinero, imaginaos lo que sucede con la vida: quiero estar seguro de tener presentes todos los factores que me permiten una decisión completa, porque la razón es la conciencia de todos los factores.

3) LA ELECCIÓN DE LA VOCACIÓN

Con todo esto, son dos las cuestiones fundamentales a decidir, son dos las elecciones fundamentales que cada uno de nosotros está llamado a hacer en la vida.

a) *La vocación como elección del estado de vida*

Existen dos estados de vida fundamentales: uno es el «normal, natural, de ponerse delante de Dios a través de la mediación de otra persona»¹⁷. ¿Qué significa ponerse delante de Dios a través de la mediación de otra persona? Que, enamorándote, la persona que más te hace vibrar, que más te abre, que más te relanza, que más te remite a otra cosa, es mediadora: tú estás llamado a abrirte a la totalidad a través de este hecho que te ha sucedido, con el que te encuentras. Si Dios te da a esa persona, no es para bloquearte allí, sino para abrirte más al Misterio, para abrirte más a esa totalidad para la cual estás hecho: de modo que comienzas a tener alguna señal de cuál es la vocación a la que Dios te llama. Tú caminas hacia el Destino a través de una mediación, en la compañía de la mediación de otro o de otra. En este sentido uno sigue la gran ley que une el hombre a Dios a través de la realidad mundana y, así, uno dice: «Yo con esta persona voy hasta el fin del mundo», voy al destino, estoy llamado a ir al destino con ella porque me recuerda más que cualquier otra la meta de la vida. No es que esta persona me pueda hacer feliz, porque no me hará feliz – ojo, porque en esto os equivocáis siempre –, en cuanto mi deseo es demasiado grande y donde esto se hace más evidente es justamente aquí: ninguna persona te despierta todo el deseo de felicidad como esa persona, pero al mismo tiempo nadie es tan incapaz de cumplirlo como esa persona. Por esto, no hay que reprochar al marido o a la mujer esta incapacidad, sino comprender que forma parte de la vocación, que esa persona te ha sido dada para despertar todo el deseo de caminar juntos hacia Aquel que lo cumple (por esto es una vocación, porque es la posibilidad de alcanzar el destino). Si tú, en cambio, identificas el destino con esa persona y te bloqueas, pasa como a todos: «Ah, ahora sé porque nació». ¿Cuál es en vuestra cabeza la utilidad para el mundo? ¡Querer a esta persona, punto! «¿Por qué tengo que ir más allá? ¿Por qué debo abrirme más?». Y luego es sofocante y se separan porque ya no pueden más: ¡están tan hechos el uno para el otro que ya no pueden más! Si cometemos este error, acabamos como vemos que acaban muchos ahora, porque no comprendemos la naturaleza de la experiencia amorosa, el motivo por el que el Misterio nos crea así: para abrirnos más a Aquel que puede llenar la vida. «En el ámbito cristiano la realidad de este estado [que es formar una familia] es fundamental, porque a él se confía la

posibilidad misma de que el reino de Dios se extienda en el mundo [a través de los hijos]»¹⁸.

Pero en la vida de la Iglesia hay otro estado de vida, que es el de la virginidad, «que constituye también una función fundamental, y que se nos presentará todavía más claramente si recuperamos el motivo último y exhaustivo por el que la persona se ofrece a Dios; este motivo es la imitación de Cristo [Cristo, el Misterio hecho carne, ha puesto en la historia una modalidad de ser útil al reino de Dios que es vivir para este reino, vivir para hacer la voluntad de Dios dando toda la vida a esto: es justamente lo que hizo Jesús, que no formó una familia, dio toda su vida a esto]. La imitación de Cristo es la ley de todos los cristianos, sin embargo, en la elección de un estado de este tipo esta imitación alcanza su vértice [una vocación a la virginidad alcanza su vértice], porque es la imitación del estado de Cristo en su plenitud. El estado de Cristo en su plenitud era una relación con el Padre que, desde cierto punto de vista, como persona, no estaba mediada por nada [en el matrimonio la relación con el Padre está mediada por otro, mientras que aquí la relación con el Padre no está mediada por nada]»¹⁹. Los que están llamados a este estado están llamados a una relación única, inmediata, directa, con el Misterio. Esto es la virginidad: Dios llama, Dios introduce en la vida una semilla, una experiencia de la vida tal por la que te hace sentir tan lleno, tan agradecido, hace posible una experiencia de vida por la que dices: «Yo quiero esto», y esto te hace libre para dar toda la vida, no para mutilarla. Es por una plenitud, no ante todo por un sacrificio, es por que Cristo le ha fascinado que uno puede sentir la urgencia de darle todo: «Yo soy para ti, Cristo». Ojo, ¡que nadie piense en este camino por otro motivo que no sea esta plenitud! No es porque es más perfecto, no es porque es más bello, no; es que uno vive suspendido sobre una plenitud y no quiere perderla por nada del mundo, tanto es así que las personas que se encuentran con que tienen esa vocación quizá habían pensado en otro camino, no habían pensado nunca en este, y se encuentran con que viven una plenitud tal que dicen: «Esto es demasiado, demasiado hermoso para no seguirlo». Por esto dice don Giussani: «Jesucristo, con su virginidad, no era un mutilado. El concepto de renuncia, aunque implique la reverberación psicológica que la existencia genera en ese caso, desde el punto de vista del valor, desde el punto de vista ontológico no supone una renuncia a algo, sino el adentrarse en una posesión más profunda y final de la experiencia afectiva y de todas las cosas. La virginidad de Cristo era una forma más profunda de poseer a la mujer, una forma más profunda de poseer las cosas. Esto alcanzó su cumplimiento, por así decir, en el hecho de la resurrección, mediante la cual Cristo poseyó todas las cosas como nosotros las poseeremos

al final del mundo. En este sentido, la virginidad, en el ámbito de la comunidad cristiana, es la situación paradigmática, ejemplificadora, ideal, a la que deben remitirse todos»²⁰. Es el paradigma, el ejemplo, el ideal no ya de no poseer, sino de poseer de modo más verdadero.

El otro día, durante el descanso de mi clase en la Universidad Católica, vino una chica que, tras años de noviazgo, me dijo: «A mí me gustaría volver a ese primer momento, al primer atisbo de la relación con mi novio», cuando todavía no se habían rozado: ¡esto es la virginidad! Y ¿por qué esta chica después de años todavía siente nostalgia de aquel instante? Porque todo lo que sucedió después no recreó ni siquiera una pizca de la plenitud que había experimentado entonces. Esta chica sigue con su novio, pero desea esto, desea poseer al otro así, y que su chico la posea así, como en aquel primer y conmovedor instante. La virginidad es un modo más profundo de poseer a la mujer, un modo más profundo de poseer las cosas. Y hoy, que es la Ascensión, es la fiesta que celebra cuando Cristo resucitado entró en la profundidad de las cosas, poseyéndolas. También nosotros las poseeremos al final de los tiempos, es un cumplimiento verdadero hablando desde un punto de vista afectivo, porque es aquel al que todos están llamados: «La virginidad representa en la vida de la Iglesia [en el reino de Dios] la función suprema, y esto es tan verdadero que la historia de la Iglesia ha identificado el testimonio supremo de Cristo de dos maneras: la virginidad y el martirio. La virginidad, en el ámbito de la comunidad cristiana, está en función del fin de la vida y constituye su testimonio»²¹. En ella podemos gritar a todos: «Mira que aquello por lo que tú amas a tu novia, a tu novio, aquello por lo que te casas, por lo que tienes hijos, tiene un nombre que te grito con mi vida: Cristo. Y es posible aquello para lo que estás hecho teniendo mujer e hijos, existe, te lo testimonio. ¿Por qué? Porque yo he dado la vida a esto y mi vida no existiría, no existiría si él no existiese. Sería imposible si Cristo no hubiera entrado en la historia y no nos hubiera fascinado tanto como para poder vivir de Él».

¿Cuál de los dos caminos abrazar, pues? «La elección entre un camino u otro no puede ser una “creación” nuestra, sino un “reconocimiento”. Debemos reconocer algo para lo que hemos sido destinados. No debe ser una decisión nuestra en cuanto a que nuestra voluntad elabore una cierta posición, sino en cuanto a que nuestra libertad se adhiera a la indicación que nos marca el camino»²². De modo que la cuestión fundamental para la elección de la vocación es educarnos al Misterio, educarnos a estar completamente abiertos, atentos a descubrir los signos mediante los cuales puedo entender a qué estoy llamado.

Y esto, amigos, muchas veces es complicado. Porque estamos hechos para

el “quid”, tenemos que llegar a ver claro y, por esto, queremos acelerar el camino cuando no lo vemos claro – sentimos un extraño desasosiego, una impaciencia –. Puesto que esta posición es vertiginosa, queremos superarla en seguida y muchas veces nos equivocamos; en lugar de esperar que se muestren los signos mediante los cuales el Misterio me da todas las indicaciones a las cuales obedecer, o decidimos nosotros o dejamos que decida otro. Porque el camino es, en el fondo, una obediencia; es una obediencia que lleva dentro todo aquello para lo que estoy hecho, que tiene en cuenta todos los factores que me hacen ser realmente yo mismo, no es una decisión “mía”.

b) La vocación como elección de la profesión

Todo lo que hemos dicho nos ayuda a comprender también el camino de la elección de la profesión que desempeñar, pero quiero subrayar fundamentalmente una cosa. «La concepción moderna de la vida en ninguna otra cosa se manifiesta tan lejana del Espíritu de Cristo como en este punto. El criterio con el que la mentalidad de hoy acostumbra a mirar el futuro se centra en el provecho, el gusto, o la comodidad para el individuo. El camino que elegir, la persona a la que amar, la profesión que desarrollar, la facultad donde matricularse: todo está dispuesto de tal modo que se erige como criterio absoluto la utilidad particular del individuo. Y esto parece tan obvio y tan supuesto que el vuelco que provoca la llamada resulta, aun para muchas personas honradas, un desafío al buen sentido, un engruimiento, una exageración. Son acusaciones repetidas incluso por educadores que se sienten cristianos, o por padres a los que sólo preocupa el éxito humano de sus hijos: juicios sobre las situaciones personales y públicas, consejos para vivir bien, advertencias o reprimendas, todo está dictado desde un punto de vista en el cual está totalmente ausente la devoción al Todo, la preocupación por el Reino, y exiliada la realidad de Cristo»²³. Podemos ser de GS, podemos haber encontrado a Cristo, pero en el momento decisivo de las elecciones fundamentales él no tiene nada que ver. Por esto, este momento es dramático, sólo decirlo me hace temblar; me imagino como tembláis vosotros que debéis elegir, de tanto que contradice toda la mentalidad en la que estamos inmersos.

¿Entendéis por qué es una lucha? La lucha en nosotros es entre seguir la voz única del ideal (que sea la que nos muestre el camino) o dejarnos engullir por la mentalidad del mundo. Si no nos decimos esto, no somos amigos; yo os lo digo porque soy amigo vuestro, porque la cuestión es la finalidad de la vida, la cuestión es qué hacemos aquí. Si nosotros, en este momento clave de la decisión, no vinculamos la elección de la profesión con la pregunta sobre qué hacemos aquí, nos perdemos por el camino. «¿Qué me podrá dar todo?

¿Cómo conseguir la mayor ventaja posible de todo?»: estos son los criterios inmanentes de la sabiduría más extendida y del buen sentido más reconocido. En cambio, la mentalidad cristiana invierte estas preguntas, las contradice, las mortifica, y agiganta justamente el imperativo opuesto: “¿Cómo podré darme con todo mi ser, servir más al Todo, al Reino, a Cristo?”. Este es el único criterio educativo de una personalidad humana tal y como la ha redimido la luz y la fuerza del Espíritu de Cristo»²⁴.

«En la elección del trabajo y de la profesión debe aflorar esa tercera categoría que he señalado antes: las necesidades de la sociedad. Pero para el cristiano éstas no pueden representar un criterio aislado de otro más profundo: lo que la comunidad cristiana necesita»²⁵. ¿Qué significa, pues, en el fondo esta disponibilidad si no prontitud, disponibilidad a la vocación? Esto es lo que debemos pedir: que el Señor nos conceda la gracia de ver todos los signos que nos permitan identificar la vocación, de manera que no nos equivoquemos de camino y estar dispuestos a aceptar, porque a veces podemos verlo claro como el agua y no estar dispuestos a reconocerlo.

«La profunda disponibilidad de toda nuestra vida para el servicio al Todo es de extrema importancia precisamente para comprender cuál es la función que estamos llamados a desarrollar, cuál es nuestra vocación personal»²⁶. Porque la vocación, amigos, no es una orden, aquí nadie os manda nada, esta mañana; tampoco Cristo dio una orden; se trata de una sugerencia, una invitación, una posibilidad intuida, y os deja toda la libertad. Después de todo lo que hemos dicho, toda la libertad, dramáticamente, está en vuestras manos.

¹ C. Chieffo, «Parsifal (Canción del ideal)», en *Cancionero*, Ediciones Encuentro, Madrid 1994, p. 186.

² *Ibidem*.

³ C. Chieffo, «El pueblo canta su liberación», en *Cancionero*, op. cit., pp. 224-225.

⁴ L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, Ediciones Encuentro, Madrid 2007, p. 92.

⁵ R. M. Rilke, «Elegía II», en *Liriche*, Sansoni, Florencia 1942, v. 42, p. 379.

⁶ L. Giussani, Intervención en las Vacaciones de “Maturati” (jóvenes que han acabado el bachillerato y van a comenzar la universidad), Campitello, 28-30 de julio de 1964 [Archivo de CI]. (La traducción es nuestra).

⁷ *Hch* 17, 26-27.

⁸ L. Giussani, *El sentido religioso*, Ediciones Encuentro, Madrid 2008, p. 195.

⁹ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I, 1, 1.

¹⁰ L. Giussani, «La vocación de la vida», en *Huellas*,

n. 6, junio de 2005.

¹¹ L. Giussani, Intervención en las Vacaciones de “Maturati”, op. cit.

¹² *Ibidem*.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ L. Giussani, «La vocación de la vida», en op. cit.

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ *Ibidem*.

²¹ *Ibidem*.

²² *Ibidem*.

²³ L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, op. cit., p. 93.

²⁴ *Ibidem*.

²⁵ L. Giussani, «La vocación de la vida», en op. cit.

²⁶ L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, op. cit., pp. 93-94.